



HUGO COYA

EL

ÚLTIMO

EN

LA

TORRE

La increíble historia del espía peruano ejecutado
en Londres durante la Primera Guerra Mundial

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

El último de la torre

© 2022, Hugo Coya

Corrección de estilo: Leila Samán

Fotografía de autor: Marina García Burgos

Diseño de portada e interiores: Departamento de diseño
de Editorial Planeta Perú

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar.

Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: enero 2022

Tiraje: 2000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-725-4

Depósito Legal N° 2022-00324,

Impreso en Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.

Jr. Recuay N.º 255, Urb. Chacra Colorada,

Breña, Lima, Perú

Lima – Perú, enero 2022

Índice

	CAPÍTULO 1
7	La llegada y la partida
	CAPÍTULO 2
23	Natasius y Augusta
	CAPÍTULO 3
51	El engaño y la transposición
	CAPÍTULO 4
67	Especial y promisorio
	CAPÍTULO 5
73	El caballo uruguayo
	CAPÍTULO 6
85	Enroque en Los Reyes
	CAPÍTULO 7
91	El alfil brasileño

CAPÍTULO 8

103 Doble ataque con torre

CAPÍTULO 9

107 Urgente, reservado y secreto

CAPÍTULO 10

129 Jaque a la descubierta

CAPÍTULO 11

137 El tablero del mundo

141 ARCHIVO FOTOGRÁFICO

*Solo aquello que se ha ido
es lo que nos pertenece.*

JORGE LUIS BORGES

CAPÍTULO 1

La llegada y la partida

—¿A qué se dedica usted, señor Lu-do-vi...? —preguntó el agente con un inglés cerrado que omitía las erres y las eses.

—Ludovico Hurwitz —completó de inmediato el hombre sin pestañear.

—¿A qué se dedica, señor Hur-witz? —insistió el funcionario con la inflexión *geordie*, el acento por momentos críptico que caracteriza al norte de Inglaterra y que delataba su condición de local.

—Soy comerciante. Vengo por negocios.

—¿Y es usted peruano?

—Sí.

—Está un poco lejos de casa... —dijo el agente, intentando una acusación velada—. Por favor, acompañe a los señores. Necesitan hacerle algunas preguntas —indicó, al tiempo que les hacía señas con las manos a dos personas que se encontraban a su lado.

La tormenta que amenazaba desatarse aquella tarde en el puerto de Newcastle pareció arreciar primero en el recién llegado, aunque tratara de disimularlo. Dejó traslucir un ligero bache anímico, un incipiente tartamudeo, que no pasaría inadvertido ni siquiera para el investigador menos

quisquilloso. Cuando le exigieron desnudarse para descartar la presencia de cualquier arma, poción u objeto que le permitiese atentar contra su vida o la de alguien más, su incomodidad se hizo aún más evidente.

La revisión podría ser descrita como «exhaustiva». En realidad, tampoco contaba con nada que obligara a alargar el procedimiento. En los bolsillos de su traje con chaleco, confeccionado con casimir inglés, tenía ochentaicuatro libras esterlinas en billetes y otras cinco en monedas, además de algunos peniques y dos llaves que, aseguró, solo abrían su equipaje.

Dentro del maletín que llevaba en la mano encontraron un recibo que demostraba que se había hospedado antes en un hotel de Copenhague, catálogos de varios productos y una lista de precios de pescado enlatado. También había algunos objetos de aseo, una caja con veinte pañuelos blancos y relucientes, sin usar, así como un frasco de Protargol, un antiséptico y antiinflamatorio muy común para combatir infecciones que podían ir desde una simple sinusitis hasta una complicada gonorrea.

Los inspectores no consideraron el hallazgo de la medicina un indicativo de que padeciera determinada dolencia. Apenas podía significar una precaución ante la posibilidad de una herida o de un mal durante el periplo. No es necesario desconfiar de todo aquello que alguien posee... ¿O sí? Y si así fuera, ¿qué daño podría hacer un simple remedio empleado para matar bacterias y parásitos?

Al concluir la revisión, el hombre no se movió, como esperando órdenes. A esas alturas, cualquier fingimiento resultaba inútil. El viraje paulatino de sus mejillas hacia un tono blanquecino y su lenguaje corporal en general dejaban entrever una pugna interior creciente. Sus actitudes iniciales habían desaparecido. Ahora parecía vacilante, aunque luchara por mostrarse como un sujeto sorprendido en medio de una pesadilla de la que solo aguardaba despertar.

Sus ojos se encendieron mientras era conducido por un corredor hacia un lugar que se asemejaba a una estación policial. Se propuso desentrañar la suerte que, al parecer, avizoraba opaca, llena de acertijos. Para quebrar el hielo del recorrido se dirigió a quien estaba a cargo del traslado.

—¿Me podría decir qué sucede?

—Nada. Solo queremos que nos proporcione cierta información.

—¿Estoy en problemas?

—¿Por qué piensa eso?

—Bueno, me están deteniendo.

—Necesitamos aclarar algunas cosas.

—Tengo compromisos urgentes que atender.

—Lamentablemente deberán esperar.

El intercambio de preguntas y respuestas acabó con la llegada a una oficina lúgubre, con un único escritorio desteñido, carcomido por la humedad, y una ventana recubierta con una malla oxidada que obligaba a encender la luz sin que fuera de noche. Lo hicieron sentar bajo el haz de la bombilla, y quedó frente a quien se presentó como James Stevenson, un jefe de policía procedente de Glasgow.

La revelación de que el hombre se había tomado la molestia de pasar horas en un tren para darle encuentro terminó con lo que le restaba de aplomo. Si bien luchaba por contenerse, resultaba cada vez más palpable que la situación lo tomaba desprevenido. Entrecerró los párpados y arqueó más las cejas. La serenidad exhibida a lo largo del viaje y en parte del procedimiento migratorio se había esfumado por completo.

Si aplicáramos las leyes de la física, sin una silla ni un escritorio de por medio, lo más probable es que el extranjero hubiera caído de bruces. Comenzó a balancearse con torpeza, como si no hallara un punto de equilibrio. Stevenson permaneció callado varios minutos, observando el nerviosismo creciente de su interlocutor. De pronto, estuvo seguro de que solo necesitaba esperar para que el individuo se precipitara a decirle todo aquello que había ido a escuchar. Su experiencia con delincuentes de toda laya no le dejaba dudas: apenas una débil pregunta, quizá una repregunta, bastarían para dar por concluida la diligencia y correr traslado a las autoridades que se encargarían del resto.

La repetición monótona del hierro contra el yunque anunciaba el avance del tiempo desde el reloj de pared. Como en una partida de ajedrez, parecía arrebatar la cordura del que aguardaba y reforzar el rumbo de quien lo consideraba un aliado.

El resplandor traslúcido de la bombilla desnudaba la inseguridad en ascenso del hombre misterioso. Entonces, una cierta desilusión se hizo manifiesta en Stevenson. La convicción de que lograría su cometido con rapidez contradecía por completo los reportes que antecedian a la pesquisa. Como todo buen policía, amaba los desafíos, así como poner a prueba su talento de sabueso para cercar a quien violara la ley creyendo que nunca sería descubierto. Disfrutaba más que nada echarles el guante a los malhechores que se daban la gran vida, jurando que sus delitos quedarían impunes, que habían conseguido engañar a todos. La paciencia, sostenía, siempre depara recompensas.

Esto, en cambio, se configuraba como un asunto menor, fácil de resolver. Lo decepcionaba saberse impedido de enseñarle a su asistente la manera que trabaja un buen investigador. Porque tal cosa se consideraba, como lo comprobaban también las condecoraciones que había recibido a lo largo de su carrera. La actitud del sospechoso inducía a creer que confesaría con prontitud y, por tanto, la trama carecía de la complejidad que le aseguraron.

Aunque no era su especialidad ni correspondía a su jerarquía, había querido tomar el caso por los vínculos que guardaba con su jurisdicción. Además, la necesidad de demostrarles a los ingleses que podía ser tanto o más eficiente que ellos, así como el interés que el caso despertaría en la prensa, lo terminaron por decidir.

Enrolado desde 1884 en la Royal Irish Constabulary de su nativa Irlanda, su ambición, sagacidad y eficiencia le habían permitido alcanzar con rapidez el puesto de inspector de distrito en Belfast. Cuando la jefatura policial de Glasgow estuvo disponible, no dudó en ir por ella. Su actuación en las investigaciones sobre el horrendo asesinato de Marion Gilchrist, una solterona de ochentaíun años —ocurrido en su casa, en el número 15 de Queen's Terrace, en la mayor ciudad de Escocia, la noche del 21 de diciembre de 1908—, y en la persecución, captura y condena de Oscar Slater, vecino judío de la mujer, lo había convertido en una auténtica celebridad. Su fama escaló a niveles pocas veces vistos para un policía fuera de Londres, al punto de catapultarlo como uno de

los protagonistas de la historia que escribiría tiempo después Sir Arthur Conan Doyle sobre ese dramático homicidio.

Saboreaba ya su bien ganado prestigio, un prestigio que despuntara aún más cuatro años antes, cuando fue enviado de emergencia al frente de un grupo de agentes hacia Limerick para contener a una turba que apedreaba casas y negocios en Collooney Street, después de que el padre John Creagh acusara a los judíos de «abrocharse como sanguijuelas y sacar nuestra sangre», en relación con los cristianos que les compraban artículos o recibían sus préstamos. «Los judíos fueron una vez elegidos por Dios. Pero ellos rechazaron a Cristo, lo crucificaron. Invocaron la maldición de su preciosa sangre sobre sus cabezas», dijo Creagh desde el púlpito durante su sermón dominical, agregando que «cuando los judíos llegaron a Limerick eran aparentemente la tribu más miserable que se pueda imaginar, y ahora se han enriquecido y pueden presumir de propiedades muy considerables en la ciudad. Sus trapos han sido cambiados por sedas... ¿Cómo logran ganar su dinero? Algunos de ustedes pueden conocer sus métodos mejor que yo, pero aún es mi deber exponerlos: van como vendedores ambulantes de puerta en puerta, pretendiendo ofrecer artículos a precios muy baratos, pero en realidad cobran varias veces más que en las tiendas». Sus palabras fueron el combustible que inflamó a centenares de personas, que enrumbaron hacia la zona donde vivían numerosos judíos. Bañaron de lodo a quienes encontraron a su paso, arrebataron mercaderías a vendedores callejeros, saquearon y destruyeron comercios, pintarrajearon paredes con lemas antisemitas.

Al llegar a Limerick, Stevenson no se sorprendió con las escenas desatadas por el sermón del sacerdote. Era una situación que se cimentaba en la idea de que se debía condenar a los judíos porque asesinaron a Jesucristo y odiaban a sus seguidores. Ellos podrían tener razón, pensó, dada la formación católica que él mismo había recibido. Pero los deberes y las ambiciones debían sobreponerse a sus creencias. Apostó a sus guardias en los alrededores, detuvo solo a once revoltosos y acabó con la refriega que se había prolongado por varias horas.

Más tarde, durante el juicio, los líderes judíos acusaron a la policía de no haber actuado con el rigor necesario, pues una considerable cantidad de responsables no recibió ni siquiera una amonestación. Por su parte, la defensa de los escasos acusados calificó sus detenciones de exageradas e injustificadas, y la mayoría recobró su libertad en pocos días.

Creagh volvió entonces a la carga. Si bien condenó la violencia, instó a sus feligreses a actuar contra la «extorsión judía» e invocó un boicot. Un sector de la prensa y el partido nacionalista Sinn Fein se hicieron eco de su pedido. Entonces se dejaron de pagar deudas, y en los meses sucesivos muchos judíos se declararon en bancarrota y fueron objeto de agresiones que quedaron sin castigo. Stevenson se cuidó bien de no dañar su reputación, y aunque mantuvo el orden, supo, finalmente, ganarse las simpatías de católicos y protestantes.

El asesinato de Marion Gilchrist y lo ocurrido en Limerick tenían más en común de lo que se creería a simple vista con la detención del extranjero en el puerto de Newcastle, pero resultaría innecesario adelantarse a lo que sobrevendrá de modo ineludible, y más porque ninguno de los presentes en la oficina sería capaz de sospechar aún sobre eso. Solo es necesario aguardar mientras las piezas encajan y cada cual adopta el papel que le corresponde. Si bien podríamos anticiparnos, no sería justo para nadie, ni para quienes gustan del descubrimiento paulatino, ni para Stevenson y su asistente, ni siquiera para el detenido, quienes se mantienen ignorantes de lo que ocurrirá y permanecen, a estas alturas, en silencio. El jefe policial observa al hombre con la típica mirada que anuncia el interrogatorio.

—¿Puede repetir su nombre completo para el registro?

—Ludovico Hurwitz y Zender.

—¿Natural de...?

—El puerto del Callao, Perú.

—¿Cuándo nació?

—El 21 de junio de... 1884.

Stevenson lo miró fijamente al percatarse del titubeo en su respuesta, pero igual continuó con la siguiente pregunta:

—¿Nombre de sus padres?

—Natasius Hurwitz y Augusta Zender.

—¿Edad?

—Treintaiún años.

—¿Dónde aprendió a hablar tan bien el inglés, señor Hurwitz?
¿También hablan inglés en Perú?

—Lo aprendí de niño. Mi padre y mi madre son de origen europeo. Mi padre vivió muchos años en Estados Unidos y en mi casa hablábamos inglés desde pequeños —se explayó.

—Bueno, lo felicito; su inglés es impecable, a tal punto que, si sus papeles no dijeran que nació en Perú, difícilmente creería que es de allá, porque tengo entendido que en su país hablan español.

—En efecto, se habla español.

—¿Usted también habla alemán?

—Sí, razonablemente bien. También algo de francés, polaco, noruego... y quechua.

—¿Quechua?

—Sí, la lengua de los antiguos peruanos, los incas.

—Un verdadero hombre de mundo.

—Gracias.

—No era un elogio, solo una constatación... ¿A qué se dedica usted, señor Hurwitz?

—Ya lo dije antes: soy comerciante. Importo y exporto productos.

—¿Qué tipo de productos?

—Textiles, pescados, artículos diversos. Llevo productos a mi país para la empresa donde trabajo, y traigo otros desde allá hacia Europa.

De pronto, el telégrafo que estaba en la sala contigua emitió un sonido metálico, obligando a Stevenson a abrir un paréntesis en el interrogatorio y a su asistente a acudir para atender la comunicación. A su regreso, le entregó a su jefe un papel. A juzgar por la cara de Stevenson, el mensaje era importante, lo que no pasó inadvertido para nadie en esa oficina.

Como si ahora conociera algo que poco antes ignoraba, Stevenson le dirigió una mirada implacable al hombre misterioso, que intentó, sin mucho éxito, permanecer impenetrable.

—¿Cuál es su relación con el señor August Brochner?

—Es el representante de una compañía que me proporciona productos para enviar a mi país.

—¿Cómo lo conoció?

—El dueño de la empresa para la que trabajo, Tomás Vidal, de Tomás Vidal Import-Export, me pidió que lo buscara. Hemos hecho negocios con él, le repito.

—Quiero, señor Hurwitz, que retroceda mentalmente y me diga todos los lugares donde ha estado desde que salió de su país.

—Bueno, me fui del Perú en diciembre del año pasado. Me dirigí a Nueva York, luego a Christiania¹ y, si no me equivoco, llegué aquí, a Newcastle, por primera vez a mediados de abril. Puede haber sido el 10 de abril.

—Fue el 11 —interrumpió el oficial, demostrando que conocía los pormenores de sus movimientos—. Prosiga.

—*Okay*. Entonces el 11 me quedé en Newcastle y al día siguiente fui a Glasgow.

—¿Por qué escogió el Royal Station para hospedarse?

—No recuerdo bien. Alguien en el tren me lo recomendó.

—Vamos a abreviar... ¿Alguna vez ha estado en Alemania?

—¿Por qué la pregunta?

—No me responda con otra pregunta —dijo Stevenson encolerizado—. ¿Ha estado en Alemania?

—Estoy tratando de recordar. No estoy seguro.

—¿No está seguro de haber estado en Alemania?

—No lo recuerdo. He viajado mucho en los últimos meses.

—¿Cómo es eso posible? ¿Se acuerda de las ciudades donde estuvo y no de los países que visitó? ¿No le parece ridículo? ¿O me quiere tomar el pelo?

—No, en absoluto. Si me permite revisar mi pasaporte...

—Ya revisamos su pasaporte y no figura nada. Por eso se lo pregunto.

¹ Nombre de la ciudad noruega de Oslo entre 1624 y 1925.